

# Alí Chumacero: un hombre de libros

Foto: Bernardo Ruiz

*José Francisco Conde Ortega*

**ALGUIEN ME LO DIJO:** en la ciudad de Aguascalientes ya hay una calle con el nombre de Alí Chumacero. Y me pareció, desde luego, justo. Además, el teatro principal de Tepic también lleva el nombre de este “poeta de amorosa raíz”. Esto sucedió hace algunos años. Qué bueno que en este país —pensé— comience a respetarse a los poetas en vida y por su obra, a despecho de las relaciones públicas. La obra del autor de “Responso del peregrino” bien vale cualquier homenaje, sobre todo si creemos que su vida fue una aventura en fe mayor.

Indiscutiblemente Alí Chumacero fue un hombre de libros. Los escribió, los editó, los cuidó, los coleccionó, los leyó. Y en esa amorosa actividad vio transcurrir su vida; una parte sustancial que, al mismo tiempo, fue llenando con todos los elementos vitales que ayudan a justificar una existencia. Con los signos vitales de una vida plena ganó muchos amigos y amigas; con los libros unió lectores entre la gente común y entre los escritores; con su obra poética personal ha conseguido respeto y admiración. Y es que una vida de dedicación a los libros lo hizo un perfeccionista. El resultado final es una poesía decantada, depurada hasta el límite. Bien lo dijo el poeta Vicente Quirarte: Alí Chumacero es a la poesía lo que Juan Rulfo a la prosa.



Lector fervoroso de la Biblia, de los poetas mexicanos del siglo XIX y de autores ingleses y franceses de todos los tiempos, entendió esa difícil aventura que de la vida se unge como fe primigenia. Y con toda esta arquitectura, Alí Chumacero consiguió fijar una simbología personal: sus pasiones expresadas por la ola, la espuma, el ala o el aire; su vida, por las flores; la muerte, por un río subterráneo; su propio cuerpo, por una playa omnipresente. Tres libros de poesía publicó Alí Chumacero —*Páramo de sueños* (1944), *Imágenes desterradas* (1948) y *Palabras en reposo*—, además de prólogos, cuartas de forros, introducciones. Su itinerario fue el de un poeta fiel a su bandera de brevedad y contención. Los tres libros constituyen una obra poética completa, compleja y sumamente rica en propuestas de acercamiento. Muestra a un poeta ensimismado por la posibilidad de acercarse al mundo mediante todos los sentidos; a un poeta que canta en el mejor de los tonos al cuerpo de una mujer desnuda; a una amante que sabe renunciar a las convenciones del tiempo en aras de la liturgia erótica.

Por otra parte, la conversación, el sentido del humor de Alí Chumacero fue otra forma de enseñanza. Sus juegos de palabras, sus chistes, son una especie de aforismos que buscan hacer de la vida algo placentero. Ante una invitación solía decir: “Primero muerto que hacer un desaire”. Y a la pregunta de por qué su vitalidad, su respuesta fue emblemática: “Hay que hacer el amor todos los días, aunque sea con la propia mujer”. Y todo con esa “r” tensa y rehilada a un tiempo. Qué bueno que le hayan hecho esos reconocimientos en vida. Es una manera de quedar menos en deuda con un creador que creyó en la aventura de la vida. Así, cuando alguien pase por la calle Alí Chumacero, ya en estado de gracia, podrá entrar, después, “con unción a la taberna” para contemplar la belleza limpiamente.



Con Carlos Barral,  
Max Aub y Juan José Arreola,  
ca. 1962 (foto: Ricardo Salazar).



Con Elena Poniatowska  
y Vicente Leñero, 2005.

Los tres libros de Alí Chumacero marcan los tres momentos más altos de una religión del amor. *Páramo de sueños* es el canto de plenitud o de renuncia cuando se intuye que el amor es la más pura de las imperfecciones. El “Poema de amorosa raíz” podría ser un buen ejemplo. En *Imágenes desterradas* el tiempo se convierte en cómplice y asesino; el poeta se vuelve un espejo de sí mismo para combatir al olvido. “Amor entre ruinas” sería el poema que podría condensar ese estado de indefensión ante lo inevitable. Una voz más escéptica, o tal vez más sabia en las urgencias de amor le da a *Palabras en reposo* un cierto tono de juego serio; quizá de hedonismo en lo que tiene de resignación ante el hecho del goce. “Los ojos verdes” es un poema goliárdico y ceremonial, iniciático y de sabiduría. A los tópicos literarios opone Alí Chumacero la actitud vital.

Poeta de innumerables lecturas, Alí Chumacero se ha encargado de dar pistas sobre sí mismo. Sin embargo, no es gratuito hacer hincapié en algunas lecturas que nutren una sensibilidad tan especial: la Biblia, los poetas del Siglo de Oro español, muchos mexicanos, contemporáneos o anteriores a él, la poesía inglesa... En fin, un poeta tan arduamente señalado por ese acendrado amor a la Palabra, por ese culto a la inevitablemente desmesurada condición de estar vivo, por ese ejemplo de varonía y erudición, nos demuestra que la literatura y la vida, encarnadas en el verbo, son una aventura en fe mayor.

Se ha dicho, con enorme justicia, que la poesía de Alí Chumacero es una continua exploración de las posibilidades del idioma y de esmero formal. Hipérbatos, imágenes, metáforas, sinécdoques, etc., contienen la voluntad de indagar en el ritmo de la estrofa —encabalgamientos, por ejemplo—; además, la elegante musicalidad del verso y del poema constituyen un todo rigurosamente armado: amor nutrido de vida y de libros ha conseguido que los versos, “extensiones de la memoria” como quería Borges, sean también extensiones y reflejo del arrojo para vivir. ▀